

MARÍA BELMONTE

ALMAS LIBRES
Y JOVIALES

INCONFORMISTAS,
REBELDES Y «OUTSIDERS»

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fotografía de Kurt Reichert

ISBN: 979-13-87964-71-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 257-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo. Elogio de las almas libres y joviales</i>	9
1. Friedrich Nietzsche, el filósofo que hacía música con las palabras (y, en ocasiones, propinaba martillazos)	13
2. La singular historia de George Sand: una mujer libre	77
3. Edward Lear, el victoriano que transformaba la melancolía en arte	149
4. Gary Snyder, el poeta de la isla de la Tortuga	211
<i>Epílogo</i>	293
<i>Agradecimientos</i>	297

*Para Beba, mon amie, ma sœur,
y para Fabricio, que vela por mí.*

PRÓLOGO

ELOGIO DE LAS ALMAS LIBRES
Y JOVIALES

¡Viva quien crea nuevas danzas!
¡Bailemos de mil maneras!
¡Libre sea llamado *nuestro* arte!
¡Jovial, *nuestra* ciencia!

FRIEDRICH NIETZSCHE,
«Al mistral», *La gaya ciencia*

Desde la adolescencia mantengo la costumbre—como tantas personas, supongo—de anotar en cuadernos retazos de mi vida: frases de libros, recortes de revistas, comentarios sobre amigos, amores, viajes, y esos proyectos que uno nunca sabe si llegarán a buen puerto. Sus páginas también albergan fotografías desvaídas de periódico, entradas a museos, postales, dibujos... pequeños recuerdos que han ido adquiriendo la pátina del tiempo como quien los dejó allí y luego los olvidó. De vez en cuando elijo uno al azar, lo hojeo y leo alguna cosa aquí y allá. Así es como descubrí hace unos tres años algo que captó poderosamente mi atención para convertirse en el germen de este libro. Se trataba de una frase sobre la obra *La zozobra del presente*, de Dorian Astor, que aparecía en la contracubierta de la edición de Acantilado. La había anotado a lápiz en una de esas páginas: «El legado y la singular filosofía del devenir de Nietzsche nos insta a vivir el instante, a amar lo que nos brinda, y sigue interpelando al cabo de un siglo a las almas más libres y más joviales».

Esto último—«almas más libres y más joviales»—lo ha-

bía subrayado en rojo. Me pregunté quiénes eran, dónde estaban y cómo se convertía uno en alguien así. Resolver ese enigma me empujó a escribir estas páginas. Allí estaba Nietzsche, esperándome. Y aunque su figura me imponía respeto, me propuse la aventura de reencontrarme con él. Al recuperar mis viejos ejemplares de *Así habló Zaratustra* o *Más allá del bien y del mal*, comprobé para mi sorpresa que mis lecturas de juventud los habían dejado profusamente subrayados.

Las palabras de aquella frase recuperada, densas y profundamente cargadas de significado, evocaban en mí una imagen juguetona de ligereza, y mi primer impulso fue desentrañarlas. Empezamos por *alma*, que aquí no alude a la entidad inmaterial y eterna de las religiones, sino al concepto literario que resalta una sensibilidad particular o una humanidad profunda. Más complejo es el concepto de *libertad*. Mientras la neurociencia nos sugiere que somos «títeres biológicos»—cuya conciencia es sólo el «relator» de las decisiones tomadas previamente por la química cerebral—, la filosofía sostiene que la libertad no consiste en negar nuestra biología, sino en no dejarse gobernar por ella. Reivindica nuestra capacidad de intervenir en esos impulsos: somos los únicos seres capaces de decir «no» a un instinto o de dar un sentido propio a nuestra herencia biológica. Para los protagonistas de este libro, con Nietzsche a la cabeza, la libertad no es algo que se posea de nacimiento, sino algo que se conquista. Quizá no seamos libres por naturaleza (somos instinto y herencia), pero podemos liberarnos de algunas ataduras mediante el autoconocimiento y la voluntad. De esa conquista nace la *jovialidad*: una aspiración vital, un principio de celebración, la capacidad de bailar sobre el abismo y de transformar el peso de la existencia en una forma de juego. Al fin y al cabo, pese a nues-

tras tragedias, ataduras y discusiones sobre el alma, Stephen Hawking nos da una lección de humildad cósmica al recordarnos que la estirpe humana no es más que un sustrato químico en un planeta pequeño, orbitando una estrella mediana en la periferia de una galaxia entre cien mil millones de galaxias. Quizá sea esa misma irrelevancia la que nos otorga permiso para no darnos demasiadas ínfulas y tomarnos la existencia como un juego.

El siguiente paso fue elegir a los protagonistas. Con Nietzsche como piedra angular fui sumando nombres hasta formar una lista inabarcable por demasiado ambiciosa. Finalmente me quedé con los cuatro que mejor conversaban entre sí: Friedrich Nietzsche, George Sand, Edward Lear y Gary Snyder. Aparentemente, un filósofo alemán, una novelista francesa, un artista inglés y un poeta estadounidense parecían piezas de puzzles distintos, pero precisamente esa disonancia hacía que su «conversación» fuera fascinante. Si los sentaba a cenar a la misma mesa el hilo conductor que los uniría sería una obstinada fidelidad a sí mismos: la que llevó a Nietzsche a pensar contra su tiempo, a Sand a vestir y amar sin permiso, a Lear a refugiarse en el absurdo y a Snyder a buscar la verdad en lo salvaje. Cuatro formas de entender que, si la vida es un juego, lo más honesto es inventar las propias reglas.

Nietzsche y George Sand, el vitalismo y la autenticidad. Aunque el primero fue un crítico feroz de casi todo el mundo y lanzó dardos contra Sand, ambos comparten un vitalismo radical. Sand vivió con una libertad escandalosa para su época con el fin de ser dueña de su obra y sus deseos. Ella es en la práctica un ejemplo de la «voluntad de poder» y de creación de valores propios que Nietzsche teorizó. Edward Lear y Nietzsche, el juego como resistencia. Nietzsche decía que la madurez del hombre es «volver a encontrar la se-

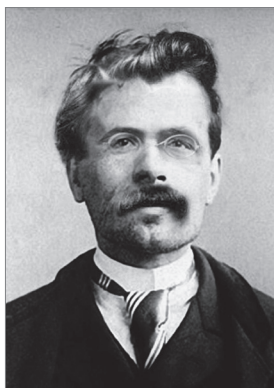
PRÓLOGO

riedad con la que jugaba cuando era niño». Edward Lear llevó esto al extremo con su *nonsense*. Su humor banal es una forma de desarmar la lógica rígida del mundo adulto. Ambos ven en el juego y la risa la única respuesta digna ante la falta de sentido de la existencia. George Sand y Gary Snyder, el vínculo con lo salvaje. Snyder, el poeta y budista zen, propone en su obra una reconexión con la naturaleza y la libertad instintiva. Sand, en sus *Cartas de un viajero*, ya explora esa necesidad de fundirse con el paisaje para encontrarse a sí misma.

En esa mesa, los cuatro comparten el desdén por las «ínfulas»: Nietzsche con su martillo, Sand con su descaro, Lear con el absurdo y Snyder con su sencillez monacal. Son personajes «periféricos» que se toman la libertad como el juego más serio de todos. Conversan porque intentan responder a la misma pregunta, ¿cómo vivir una vida propia en un mundo que quiere que seas como los demás? Mi papel en esta cena no ha sido otro que el de la anfitriona curiosa, alguien que dispone las sillas, sirve el vino, se sienta en un rincón, en silencio, a escuchar y aprender de quienes se atrevieron a ser ellos mismos sin condiciones. Una experiencia que ha resultado ser tan instructiva como estimulante y gozosa, y en la que no han faltado los viajes tras sus huellas. Mi deseo es que, al otro lado de estas páginas, el lector también encuentre su sitio en la mesa.

I

FRIEDRICH NIETZSCHE,
EL FILÓSOFO QUE HACÍA MÚSICA
CON LAS PALABRAS (Y, EN OCASIONES,
PROPINABA MARTILLAZOS)



EPIFANÍA EN NÁPOLES

No tengo fuerza suficiente para el norte: allí mandan las almas pesadas y afectadas que, como el castor en su obra, están constante e inevitablemente trabajando en las normas de la cautela [...] Tengo suficiente espíritu para el sur.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Fragmentos póstumos, otoño de 1881, 12 [181]

Nápoles, 26 de octubre de 1876. Imaginemos la escena. Una calesa avanza por el paseo costero que conduce de Nápoles a Posillipo (Παυσίλυπον), literalmente ‘lo que hace cesar el dolor’, nombre que atribuyeron a aquel lugar los antiguos colonos griegos llegados desde Eubea en el siglo VIII an-

tes de Cristo por la belleza del paisaje que se contemplaba desde las colinas. En la calesa viajan cuatro pasajeros.

Malwida von Meysenbug, una dama de sesenta años e ideas avanzadas. Ha adquirido cierta notoriedad por su autobiografía *Memoiren einer Idealistin* ('Memorias de una idealista', 1869) en la que narra el alejamiento de su aristocrática familia, su vida como miembro de una comunidad libertaria en Hamburgo y más tarde sus andanzas por Londres, donde se ganó la vida traduciendo libros y dando clases.¹ De ella ha partido la idea de pasar en Sorrento un año sabático que comienza precisamente durante ese paseo.

Friedrich Nietzsche, de treinta y dos años. Le han concedido la excedencia de un año de su puesto como catedrático de Filología en la Universidad de Basilea por problemas de salud. Sufre de terribles migrañas que lo obligan a guardar cama durante días, así como de trastornos estomacales, y su vista se ha ido debilitando peligrosamente. Nombrado catedrático con veinticuatro años por su brillantez, además de los cursos de Filología Clásica ha impartido clases de Griego y Latín ininterrumpidamente a alumnos de secundaria en el *Pädagogium* ('instituto') de Basilea con, en ocasiones, horarios lectivos de hasta trece horas al día. Está físicamente agotado, pero también le aflige una grave herida emocional.

Paul Rée, de veintisiete años. Hijo de una familia de adinerados terratenientes judíos asimilados asentada en Pomerania, Prusia. Ha estudiado Derecho y Filosofía en Leip-

¹ Malwida von Meysenbug (1816-1903) fue la primera mujer en ser nominada al Premio Nobel de Literatura en 1901 por su libro *Memoiren einer Idealistin*. El premio fue otorgado ese año al poeta francés Sully Prudhomme. La autora sueca Selma Lagerlöff fue la primera mujer que obtuvo el galardón en 1909.

zig. La asignación mensual que recibe de su padre le permite proseguir sus estudios de manera independiente. Ha leído detenidamente a Darwin y Lamarck, autores que han influido en el libro que tiene pensado terminar en Sorrento: *El origen de los sentimientos morales*. Es gran amigo de Friedrich Nietzsche y ambos mantienen conversaciones interminables sobre la moral, cuestión que para el segundo llegará a convertirse en obsesión.

Albert Brenner, de veinte años, enfermo de tuberculosis. Estudia Derecho en la Universidad de Basilea, fue alumno de Nietzsche en el *Pädagogium* y durante el semestre de verano de 1875 asistió a sus cursos de Filología Clásica en la universidad. Ha aceptado la invitación de Malwida a curarse los males con el *dolce far niente* del sur.

En el siglo XIX, entre los habitantes del norte de Europa persistía la creencia en el valor terapéutico del clima mediterráneo. El sol significaba salud y curación, y «recetar el sur» se había convertido en una prescripción médica habitual entre las clases acomodadas para «los casos de pulmón», pero también para las jaquecas, la gota, la inapetencia, la fatiga y la depresión. Libros como *Winter and Spring on the Shores of the Mediterranean* ('Invierno y primavera en las costas del Mediterráneo'), del doctor inglés James Henry Bennet—traducido al alemán y en el que narra su propia curación de tuberculosis en Menton, adonde llegó en 1859—, contribuyeron a atraer enfermos a las riberas francesa e italiana y a ciudades como Pisa, Roma, Nápoles y Málaga. La demanda de alojamiento invernal en los lugares costeros convertiría los antaño pequeños y tranquilos pueblos de pescadores en elegantes centros de moda como Hyères, Cannes, Niza, Menton, Bordighera y San Remo. En una carta de 1881, un quejoso Henry James contaba a un amigo que los hoteles de San Remo estaban «llenos de

ingleses y alemanes tuberculosos, lo que hace que las comidas se sirvan a horarios imposibles».

En las cartas que envió a los amigos en verano de 1876, Nietzsche les anunciaba que se iba al sur y esperaba traer de vuelta de allí «la salud en su máxima expresión». Viajaría con un pasaporte apátrida que le procuró la universidad, ya que había renunciado a la nacionalidad alemana para ser catedrático en Basilea, Suiza. Era un pasaporte válido para un año, pero, como nunca volvió a recuperar la ciudadanía alemana, se convertiría en un apátrida para el resto de su vida y viajaría por Europa con un pasaporte caducado que utilizaba para sacar dinero en las estafetas de correos. Fue un sin papeles y, al parecer, éstos circulaban por Europa más libremente que hoy.

Pero volvamos a la calesa en la que reina un ambiente festivo. Mientras la tarde cae sobre la bahía, sus cuatro pasajeros hablan animadamente, hacen planes, se señalan cosas del entorno que les llaman la atención, bromean y ríen. Malwida contempla a sus «tres caballeros» con satisfacción y una pizca de orgullo: al fin y al cabo, ella es la artífice de esa feliz reunión. El más contento parece Albert Brenner, muy elegante con su sombrero de copa. Nadie repara en que uno de ellos se ha quedado absorto, en silencio. El *genius loci* del sur ha venido silenciosamente a su encuentro, al atardecer, como siempre suele ocurrir, tomando al viajero por sorpresa. En cuestión de instantes, el yo más profundo de Nietzsche comenzará de nuevo a hablar; en cuestión de instantes renunciará al norte para siempre y con ello a la pesadez del espíritu alemán, a los anfiteatros universitarios, a la niebla intelectual, a los cielos plomizos, a la docta erudición paciente y profesional de las aulas, a la Iglesia, a la patria. Ha surgido un nuevo yo que se replantea su vida y a partir de ese momento buscará incansablemente

la luz, «aunque alumbra cosas malas». Ya ha dado el salto.

Ese espíritu que se le ha revelado al atardecer y al que otorgaremos el nombre de Posillipo está por todas partes, siempre y en cada cosa, aunque sólo lo veamos en esos escasos instantes de gracia que la vida nos depara. El propio Nietzsche dejó constancia en sus *Fragmentos póstumos* ([12], 142, 177, 181) de lo que ocurrió aquella tarde de octubre en Nápoles:

«¡Cómo he podido soportar hasta ahora vivir!», sobre el Posillipo, mientras el coche de caballos corría—luz del crepúsculo [...] Posillipo y todos los ciegos a los que abrirá los ojos [...] No tengo fuerza suficiente para el norte: allí mandan las almas pesadas y afectadas que, como el castor en su obra, están constante e inevitablemente trabajando en las normas de la cautela. ¡Toda mi juventud se ha marchitado entre ellos! Me asaltó esta idea la primera vez que vi caer la noche sobre Nápoles, con su gris y su rojo de terciopelo en el cielo, como un estremecimiento de compasión para conmigo, por haber comenzado a vivir siendo viejo, y con lágrimas y el sentimiento de verme todavía salvado en el último instante.

Tengo espíritu suficiente para el sur.

En la antigua Grecia, epifanía (ἐπιφάνεια) significaba la manifestación de una divinidad y los signos mediante los cuales ésta se mostraba (visiones, sueños, etcétera). A diferencia de James Joyce, que escribió una antología de epifanías bajo la forma de composiciones muy breves en las que describía esos momentos «evanescentes y muy frágiles de su existencia en que el espíritu de la belleza lo había envuelto como en un manto», Nietzsche no empleó nunca esa palabra en sus escritos, pero en uno de los aforismos de *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres*, que comenzó en Sorrento, aludirá a esos momentos

que modulan e intensifican de manera especial la sinfonía de la vida humana, como el que él vivió aquel atardecer en la bahía de Nápoles:

La vida consiste en raros momentos aislados de suma significación y de incontables intervalos en los que, en el mejor de los casos, nos rodean las sombras de esos momentos. El amor, la primavera, cualquier bella melodía, la montaña, la luna, el mar, todo habla plenamente al corazón una sola vez, si es que en general toma alguna vez la palabra. Pues muchas personas no tienen en absoluto esos momentos y son ellas mismas intervalos y pausas en la sinfonía de la vida.

Otras experiencias de «suma significación» para Nietzsche fueron el descubrimiento a los veintiún años de la filosofía de Schopenhauer, que lo mantuvo insomne durante diez días y despertó en él una profunda necesidad de autoconocimiento, o escuchar por vez primera en Leipzig la obertura de *Tristán e Isolda* en 1868, cuando cayó hechizado por la música de Wagner, a quien conocería personalmente ese mismo año.

Ya es de noche cuando el grupo regresa a la Pension Allemande en via Chiatamone. Mañana deben salir temprano hacia Sorrento, donde Malwida ha alquilado habitaciones en la villa Rubinacci para dar comienzo a su año sabático. Tres días más tarde Malwida escribe una carta a su hija adoptiva Olga Herzen en la que describe el paseo por Posillipo y su efecto sobre Nietzsche:

Anteayer por la tarde recorrí Posillipo en calesa con mis tres caballeros; la luz era divina, verdaderamente mágica, el Vesubio estaba majestuosamente coronado por nubes tormentosas y la

masa rojiza de llamas y sombra formaba un arco en el cielo; la ciudad resplandecía como tallada en oro puro mientras que, al otro lado, se extendía el mar de un azul profundo; el cielo, cubierto de nubes ligeras y brillantes, era de un verde y azul transparente, y las magníficas islas flotaban entre el oleaje como en un cuento de hadas. El espectáculo era tan maravilloso que los caballeros estaban como ebrios de éxtasis. Jamás he visto a Nietzsche tan animado, riendo de alegría.

Muchos años después, Malwida volvió a evocar la impresión causada por aquel paseo vespertino en *Der Lebensabend einer Idealistin* ('El crepúsculo de una idealista', 1898), donde escribe que «una feliz alegría, casi infantil, iluminaba el rostro de Nietzsche, dominado por una profunda emoción, hasta que finalmente rompió en jubilosas exclamaciones sobre el sur, que yo saludé como un feliz presagio del acierto de su estancia».

Lo que no podía saber Malwida era el cambio profundo que estaba a punto de producirse en su amigo, un cambio que nunca llegó a aceptar y acabaría por distanciarlos. Pero Nietzsche ahora está en Sorrento y siente que tiene «suficiente espíritu para el sur», entendido como una escuela de curación física y espiritual. Tiene fe en el sol, en la luz, como evocará en *Zarathustra*, en «sures más meridionales que artista alguno haya soñado jamás [...] donde los dioses se avergüenzan de todos los vestidos». Con treinta y dos años rompe con su vida anterior en un primer avance hacia sí mismo.

La rebeldía de Nietzsche venía de lejos. Primero se enfrentó a su madre negándose a realizar estudios de Teología y luego la afligió profundamente al negarse a participar en la eucaristía durante las vacaciones de Pentecostés de 1865, cuando contaba veintiún años. A su hermana le escribió

por aquella época de turbulencias familiares que «si quieres alcanzar la paz del alma y la felicidad, entonces cree; pero si quieres ser un discípulo de la verdad, entonces investiga». Como joven y prometedor filólogo escribió—bajo el influjo de la amistad con Wagner y de su música—una obra rompedora, *El nacimiento de la tragedia*, que produjo consternación y escándalo en el mundo académico. Con esa obra desbarató la amable visión de un mundo griego luminoso y apolíneo, de noble simplicidad y serena grandeza, tal como lo había establecido Winckelmann, despertando en cambio a las huestes de Dioniso, el hermano molesto de Apolo, sin el cual era imposible entender el arte griego. Lo apolíneo es la labor del escultor, la tendencia hacia un mundo sereno y luminoso, mientras que lo dionisiaco es la música, la ausencia de límites y formas, la indeterminación: pero sólo la fusión de ambos producirá el auténtico arte. Dioniso es el dios que invita a mirar a la naturaleza a la cara, a asomarse al abismo y a decir sí a la vida, como también lo enseñaron Demócrito y más tarde su discípulo Lucrecio en *De rerum natura*. En su ensayo *Arte y revolución* (1849) Wagner escribió sobre la tragedia griega, la forma de arte más grandiosa que había conocido la humanidad y que incluía todas las demás: el teatro, la poesía, la música, la danza, el disfraz y la máscara, el espectáculo, el coro... Pero, sobre todo, en la tragedia participaba toda la comunidad, no era elitista ni clasista, sino una ceremonia catártica de la que los participantes salían transformados. Así es como Wagner concibió la revolucionaria idea de la «obra de arte total»; él no realizaría óperas con sus absurdos ornamentos y gorjeos, sino que purgaría el arte de todo su esnobismo y lo devolvería a sus primitivos fundamentos. Por ello creyó Nietzsche encontrar en los dramas musicales de Wagner la encarnación del espíritu de Dioniso, la fuerza

llamada a transformar la cultura alemana y, con el tiempo, la de Europa entera; y, mientras escribía en estado de gracia *El nacimiento de la tragedia*, él mismo se transformó en un sátiro del séquito de Dioniso, el rey de los filósofos, dejando de ser reconocible para sus amigos, que comenzaron a darle la espalda, alarmados.

Nietzsche conoció a Malwida en 1874 durante la ceremonia de colocación de la primera piedra del Festspielhaus en Bayreuth, el futuro teatro donde se representarían los dramas musicales de Wagner. Por aquel entonces Nietzsche adoraba a Wagner. Amaba en él al músico y al autor de *Arte y revolución*: los días pasados en la villa de Tribschen junto al maestro, Cosima y los niños, fueron de los más felices de su vida. Luego llegaría la amarga decepción y la ruptura que le provocaron una herida de la que jamás logró curarse. El cenit de su amistad con Wagner tuvo lugar durante la escritura de *El nacimiento de la tragedia* y después de su publicación. Pero, poco a poco, la relación se volvió difícil. La figura de Wagner era demasiado imponente y Nietzsche empezó a sentir la necesidad de preservar su propia libertad frente al maestro. No tardarían en producirse desencuentros, hasta el punto de que la mera idea de verlo lo hacía enfermar, pues le parecía cada vez más altivo y distante. En verano de 1876, durante los ensayos y las representaciones wagnerianas en Bayreuth, Nietzsche fue consciente de que no se iba a producir ningún renacimiento de la cultura y que el espíritu dionisiaco brillaba por su ausencia. Los dramas musicales de Wagner no iban a lograr acabar con la banalización y mercantilización del arte, ni a contribuir a que dejara de ser confundido con una distracción para convertirse al fin en un elemento catártico y transformador. Las recepciones sociales se suceden en casa de los Wagner y Nietzsche se siente desplazado. El público que

acude al festival wagneriano no es el esperado, no es aquel que iba a revolucionar la sociedad alemana: allí se dan cita príncipes, aristócratas, banqueros, diplomáticos, empresarios, burgueses, buscavidas... Es un público que se aburre en las representaciones, que sólo se excita en los actos sociales y se atiborra con las bandejas de aperitivos, canapés y copas de champán que se sirven en los entreactos. «Todos los mamarrachos desocupados de Europa están aquí», escribe amargamente a un amigo. «Me horrorizan todas estas largas veladas artísticas», le confía a su hermana.

Nietzsche abandonó Bayreuth asqueado y escapó a los Alpes, donde inició la redacción de «La reja del arado», ese artilugio que se clava profundamente en la tierra y extrae, al salir, terrones nuevos y fértiles. En Sorrento lo continuará bajo el título de *Humano, demasiado humano, un libro para espíritus libres*. Nietzsche siente que ha despertado de un sueño. El desencanto de Bayreuth lo condujo hacia la libertad de espíritu. El verdadero Nietzsche ya está en marcha, con la mirada siempre puesta en el futuro, en los nuevos europeos. En adelante se pertenecerá a sí mismo y se atreverá a recorrer por su cuenta el camino de la sabiduría. Hasta entonces había venerado a los filósofos; ahora se propone ser uno de ellos. Quiere atacar, transformar, ser libre. Tiene una misión.

VACACIONES EN SORRENTO

El 27 de octubre de 1876, con un tiempo radiante, el grupo se trasladó de Nápoles a Sorrento, donde Malwida había alquilado habitaciones en la villa Rubinacci, una pensión gestionada por una alemana. La villa se hallaba a las afueras de la población, que ya comenzaba a despuntar como

célebre meta turística. En una carta que Malwida escribió a Olga Herzen al día siguiente de llegar, le contaba que sus compañeros de viaje se sintieron tan a gusto al ver la villa que decidieron no seguir buscando alojamiento, y añadía:

Es un lugar muy bello, y cada uno de nosotros dispone de suficiente intimidad para no molestarnos. Las habitaciones son espaciosas y disponen de terrazas con vistas a la bahía de Nápoles, la isla de Isquia y el Vesubio y, en la parte delantera, un bosque de naranjos y olivos desciende en picado hasta el mar.

Nietzsche también está contento y escribe a su hermana:

¡Ya estamos en Sorrento! [...] Tengo una gran habitación, con techos altos y una terraza. Vuelvo del primer baño en el mar [...] Sorrento y Nápoles son bellos, no se exagera. El aire es aquí una mezcla de brisa marina y aire de montaña. Es muy beneficioso para los ojos; justo delante de mi terraza tengo un gran jardín verde (que permanece verde también en invierno), detrás el oscuro mar y al fondo el Vesubio.

Confíemos.

Con todo el afecto de siempre

Vuestro F.

En la misma carta Nietzsche cuenta a su madre y hermana que los Wagner están instalados muy cerca de ellos, en el elegante hotel Vittoria, reponiéndose de las fatigas del primer festival de Bayreuth. Es la única sombra que se cierne sobre Sorrento.

Pero el grupo de la villa Rubinacci está de vacaciones, entre ellos reina la armonía y están dispuestos a disfrutar de todo lo que ofrece el lugar. Se suceden los baños en el mar. También se organizan visitas a Pompeya, Herculano y los lugares más sugestivos de la península sorrentina. Estas

excursiones solían realizarlas a pie o montados en asnos si se trataba de senderos de montaña, y de ellas Malwida recordará el aspecto cómico del joven Brenner, «cuyas largas piernas trotaban casi con las del asno». Por el camino encuentran grupos de chicas bailando la tarantela, graciosas y naturales, «no como esos bailes tan preparados que se ofrecen en los hoteles», relata Malwida, nuestra elocuente guía de Sorrento, lo cual demuestra que el *show business* turístico ya estaba en marcha en 1876. Cuando no se programaban excursiones se improvisaban «veladas alemanas» en el jardín de naranjos, con pasteles, café y con una conversación muy alegre, según cuenta el amigo de Nietzsche, Reinhardt von Seydlitz, alias Rinaldo, que visitó la villa en la primavera de 1877. También cuenta que Nietzsche tenía la costumbre de ponerse una boina sorrentina, tejida con hilos de muchos colores, y así se paseaba entre los naranjos en flor: «Su paso era largo y decidido, pero ligero, y cuando resonaba su profunda y sonora voz, maravillosamente melódica, no era nunca para decir cosas indiferentes».

Al final de cada jornada el grupo se reunía en el salón junto a la chimenea y disfrutaba de al menos dos horas de lectura en común. Paul Rée era el encargado de leer en voz alta una hora antes de la cena y una hora después. A las nueve todos se retiraban a su habitación. Las lecturas eran variadas: Voltaire, Diderot, clásicos como Tucídides, Platón y Heródoto; Goethe, Calderón, Cervantes... Malwida dejó constancia en sus memorias del bienestar de aquellas noches sorrentinas:

Cuando estamos así reunidos por las noches, Nietzsche con sus anteojos sobre la nariz confortablemente sentado en el sillón, el doctor Rée, nuestro amable lector, sentado a la mesa donde arde la lámpara, el joven Brenner junto a la chimenea a mi lado y ayudán-

dome a pelar las naranjas para la cena, entonces digo a menudo, bromeando, que nosotros representamos verdaderamente una familia ideal: cuatro personas que apenas se conocían antes, que no tienen lazos familiares ni recuerdos en común, llevan una vida en la más perfecta armonía y sin entorpecer la libertad de cada uno.

También realizaron varias visitas a los Wagner, durante las cuales la perspicaz Malwida se dio cuenta de que la presencia del compositor enturbiaba el ambiente de la villa Rubinacci. Advirtió que Nietzsche se comportaba con una alegría forzada y era evidente que a Paul Rée lo recibían con gran frialdad, especialmente Cosima, debido a que era judío. Nietzsche y Wagner sabían que se habían vuelto enemigos y se despedirían para siempre en Sorrento. A partir de entonces, se dedicaron a atacarse mutuamente. Wagner se había convertido en un empresario; estaba cargado de deudas por los festivales de Bayreuth y buscaba dinero desesperadamente. Se había vuelto hacia el pasado, hacia el cristianismo y los mitos nacionalistas alemanes. Nietzsche miraba hacia el futuro, hacia los nuevos europeos, liberados precisamente de todos esos mitos. En el borrador al prólogo de *Humano, demasiado humano*, Nietzsche escribió que él quería sólo al Wagner que había conocido, un ateo honesto e immoralista, discípulo de Feuerbach, que inventó el personaje de Sigfrido, un hombre perfectamente libre, y lo que le repugnó fue encontrar un Wagner redentor, que se prosternaba ante la cruz y estaba creando el drama cristiano de *Parsifal*. A la vuelta de la visita, Nietzsche se permitió ironizar sobre ese Wagner, que le había confesado los arrobamientos que le producían la eucaristía y la santa cena. «Demasiado sangriento para mí», escribiría a un amigo al relatarle su visita al maestro. En uno de sus *Fragmentos póstumos* de 1880, 6 [40], Nietzsche escribió: